

LA HISTORIA DE LA VILLA DE TORRECAMPO, de Esteban Márquez Triguero

JOAQUÍN CRIADO COSTA
ACADÉMICO NUMERARIO

Del Norte provincial; del Torrecampo que es puerto y puerta de Castilla por su ubicación de siglos en pleno camino real de la Mancha a Andalucía; de un punto aguadalmazado en la calzada romana de la vieja Corduba a la no menos vieja Cesaraugusta; del Valle de los Metales que dijeron los hijos de Rómulo y Remo, o del Fash Al-Balluth de los árabes o del Valle de los Pedroches que decimos nosotros; de la Córdoba norteña desconocida y desconocedora, dorada de sol y mieses y verdeada de encinas centenarias, nos llega este libro de Esteban Márquez Triguero, *Historia de la villa de Torrecampo*.

En aquellas tierras nació un 25 de abril hace ahora 62 años. Allí recorrió caminos y sendas. Allí escuchó leyendas y relatos. Allí jugó en callejas y plazares. Pero se dio prisa porque le esperaban los colegios salesianos de Pozoblanco, de Antequera, de Montilla y de la gaditana San José del Valle. Porque le esperaba después el seminario conciliar y tridentino de San Pelagio, cabe los muros de la mezquita y no lejos de las portentosas obras plásticas de Verdiguier, el arquitecto galo que derramó en Córdoba su ingenio y su arte.

Pero no estaba el Torrecampo para misas y latines. Picó billete y emprendió el camino de vuelta.

Le esperaba ahora, como algo más suyo, la casi familiar Escuela de Minas de Belmez. En ella se tituló como Ingeniero Técnico de Minas. Y no debió de haber sido muy torpe, porque lo calificaron de sobresaliente en la especialidad de Geología, en particular "Prospección de criaderos minerales e Hidrogeología (Aguas subterráneas). Materias primas para la fabricación de cemento y rocas ornamentarles. Estratigrafía del Paleozoico e Historia de la Minería". Y hasta obtuvo el Premio Nacional de Geología "Alonso Allende", en 1963, del Instituto Geológico y Minero de España.

Al final de esa década lo conocí yo, en tierras de jara y granito, cuando realizaba trabajos de campo, y, sin tener una edad proveccta aparecía ya como una figura venerable y venerada. ¿Quién no conocía a Esteban Márquez en el Valle, adonde llegué hace ahora cinco lustros para ejercer de jarote desde entonces?.

Decían que se asentaba en él un sentido especial y una rara habilidad para detectar metales y descubrir cursos de agua subterránea.

Decían que andaba enamorado de la arqueología y del arte de aquellos pueblos. Me dijo un barbero de Dos Torres que Don Esteban era quien mejor conocía el pasado de aquellos lugares, pasado que yo aprendía por entonces de la desbordante ciencia y de la profunda humanidad de Don Juan Ocaña, aquel oriundo de Móstoles, descendiente del alcalde que convocó a España entera frente a la francesa. También Ocaña, uno de los que mejor ha historiado Los Pedroches, sentía admiración por Márquez Triguero, que aparecía ya como mentor y coleccionista del arte de la naturaleza y del arte de los hombres.

La Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, que fundara el ilustrado canónigo penitenciario Manuel M^a de Arjona ya va para doscientos años, no podía menos que llamarlo a su seno y hacerlo Correspondiente en Torrecampo, a propuesta del llorado prócer Rafael Castejón y Martínez de Arizala y de los historiadores Juan Gómez Crespo y Miguel Muñoz Vázquez.

Años más tarde sería el Ayuntamiento de su pueblo natal quien le extendería el nombramiento de Cronista Oficial de la Villa.

Por entonces colaboraba en publicaciones del Instituto Geológico y Minero, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; de la Real Academia de Córdoba; de la Asociación Provincial de Cronistas Oficiales, que me honro en presidir por benevolencia de mis compañeros, y de otras revistas y periódicos. Amén de investigar sobre Historia de la Minería Antigua y descubrir nuevos e importantes yacimientos minerales, en especial las fluoritas de Cerro Muriano.

Arrollador en su tarea, siempre inconclusa, fundó y dirige la Casa-Museo "Posada del Moro", en Torrecampo, donde guarda colecciones de obras de arte antiguas, Arqueología regional y Epigrafía, destacando la de útiles de piedra de Minería antigua y Prehistoria de Valle de los Pedroches. Guarda igualmente, sin exponer aún por falta de espacio, importantes secciones de Mineralogía y Paleontología. Puede considerarse, por la variedad de sus fondos, uno de los museos más representativos de España, ya que alberga, además, piezas de la Prehistoria mejicana, colombiana, marroquí y de la República Democrática de Guinea, piezas conseguidas por Márquez Triguero en sus viajes de investigación.

Defensor del patrimonio monumental de la comarca, ha tenido que luchar contra la ignorancia y la incomprensión, convirtiendo la Casa-Museo en un centro cultural donde se expone una buena parte de la historia de Los Pedroches, en convivencia con algunas obras suyas como pintor.

Al margen de esta tarea heroica en el plano cultural, ha laborado profesionalmente como Director de los trabajos de Prospección del Instituto Geológico y Minero de España, en Los Pedroches. Como Jefe de Departamento de Geología de SPAINFO, INGENIEROS CONSULTORES, S.A., de Madrid. Como Director de MINAS NORTEAFRICANAS, S.A., en Melilla y Marruecos, de MINERÍA ALNEGO, S.L., y de GEOIN, S.A., en Guadalajara. Como Director geólogo de ASLAND ASOCIADA, S.A., CEMENTOS VALDERRIBAS, S.A., y CEMENTOS PORTLAND IBERIA, S.A., todas ellas en Madrid; de la COMPAÑÍA DE CEMENTOS ESPECIALES EL LEÓN, S.A., en Guadalajara, y CEMENTOS ALBA Y CEMENTOS CENTAURO, ambas en Granada. Hay

que añadir a estos trabajos otros de Hidrogeología a empresas particulares.

Como intelectual nato, Esteban Márquez desarrollaba su labor investigadora paralelamente a la profesional. Los resultados fueron halagüeños y le permitieron realizar importantes estudios sobre Geología, sobre minerales metálicos, sobre caolines, sobre calizas y otras materias primas, sobre áridos, sobre Hidrogeología o aguas subterráneas... y otros más. Así, descubrió los yacimientos de fluorita de Cerro Muriano y el criadero de antimonio de Córdoba; surtió de agua subterránea a las Bases Espaciales de Seguimiento de Satélites Artificiales de Robledo de Chavela y Cebreros; realizó prospecciones en numerosos lugares como Marruecos, Sahara, Pozuelo de Calatrava, Espiel y otras zonas de la Sierra de Córdoba, Nerja, Cabo de Gata, Guadalajara, Cuenca, Badajoz, República Democrática de Guinea-Conakry, Aragón, Cataluña, Santander, Toledo, Madrid... unas veces para empresas y otras para particulares.

El autor de nuestro libro de hoy no perdía el tiempo... no. Tenía la gran suerte de trabajar a gusto, porque estaba enamorado de su profesión, que, por otro lado, le proporcionaba una alta rentabilidad económica.

Y precisamente porque trabajaba a gusto, iba dejando constancia de sus hallazgos en el campo de la Historia, de la Arqueología, de la Geología y de otras ciencias, lo que significaba aportaciones de primera mano, a veces decisivas, para otros estudios posteriores. Esos artículos veían la luz en publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del Instituto Geológico y Minero de España, de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de la Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales, de esta Excm. Diputación Provincial, del Gabinete pedagógico de Bellas Artes, etc., etc. Así nacieron la "Estrategia del Paleozoico en la región del río Guadalmez", la "Nueva división del Silúrico en la región de Almadén"; los "Nuevos yacimientos del Paleolítico en Vallecas (Madrid)"; "Sobre un nuevo yacimiento del Paleolítico en Coslada (Madrid)"; "Contribución al estudio metalogénico en Los Pedroches (Córdoba)" "Fuentes antiguas sobre la minería de España y en particular de Sierra Morena"; "Sepulturas antropoides del Valle de Los Pedroches"; "Evolución de los útiles de piedra en minería antigua", "Un romano de Cantabria en el Valle de Los Pedroches"; "Mapa general de sepulturas antropoides"; "La ermita de Nuestra Señora de Alcantarilla, en Belalcázar"; "La ermita de Nuestra Señora de Gracia, de Torrecampo, antigua sinagoga"; "El marquesado de Torrecampo"... y tantos más.

Otras veces sus estudios e investigaciones fueron más extensas y conformaron libros con un verdadero peso específico en la materia objeto de cultivo. Así nacieron *Villaralto. Su mineralogía y arqueología* y *Estado y señorío de las Siete Villas de Los Pedroches*, publicados ambos en 1991; *Casa-Museo Posadas del Moro*, aparecido en 1992; *Nuestra Señora de las Veredas, patrona de Torrecampo*, fruto de talleres barceloneses, en 1993; y *Síntesis sobre la Historia de la villa de Torrecampo*, que vio la luz el año pasado y es el anuncio o precedente del libro que hoy trae ante nosotros.

Conviene resaltar, no obstante, que su libro de poemas *Tierra y cielo*, impreso en Pozoblanco en 1990, pone de manifiesto el alma de poeta que alberga Esteban Márquez, que le hace ver las cosas con tacto mineral y ojos de cielo. ¡Qué bien

prologó sus versos mi dilecto amigo el onubense Odón Betanzos desde su Nueva York actual y desde su presidencia de la Academia Norteamericana de la Lengua Española...! ¡Qué versos más metálicamente bellos le dedicó a ese artista de la minería que es Aurelio Teno, el “hechicero mitrado de Pedrique” como a él le gusta llamarse...! Es algo así como el genio de los Pedroches cantando al genio de Pedrique.

Este hombre mineral con alma de poeta es el autor de la *Historia de la villa de Torrecampo* que hoy presentamos y a cuya puesta de largo todos asistimos. Como asistimos un día, hace justamente un año, a las lecciones prácticas de la misma cuando con motivo de la celebración de la vigésimo cuarta Reunión Anual de los Cronistas Cordobeses, allí, en la villa torrecampeña, nacida del Pedroche matriz, nos fue desgranando uno a uno los sazonados frutos del libro: iglesia parroquial de San Sebastián; ermitas de Jesús, de Ntra. Sra. de Gracia y de Santiago; santuario de la Virgen de Veredas, con la imagen de los dos tiros; antigua Posada del Moro, hoy *SU* Museo particular: paisajes castellanos aledaños al río Guadalmez... Todo eso vimos y aprendimos de la consagrada maestría y el eficaz magisterio de Esteban Márquez.

Éste es el autor del libro.

Pero... ¿y el libro en sí? Podríamos decir que es el testimonio, en imborrable letra de imprenta, de una buena parte de sus saberes sobre la villa.

Dividido en cinco partes, aborda en primer lugar, prácticamente antes de entrar en materia, una descripción fisiográfica del entorno de la población, si bien de una manera enciclopédica para que pueda servir de consulta a los estudiosos de la comarca de Los Pedroches. Por ella desfilan la climatología, la geografía de la región y su geología con la enumeración de la extensa minería retrospectiva de su término. Se citan la fauna y la flora de la comarca, su etnología, se hace un estudio de los dactilogrifos o huellas dactilares en comparación con otras unidades geográficas, lo que no es frecuente en trabajos de este tipo y lo que demuestra el detalle con que el autor realiza su trabajo.

El libro comprende todas las etapas históricas que inciden en la villa y su término, desde la Prehistoria misma hasta prácticamente nuestros días: Edad de Bronce, castros iberos; romanización; visigodos; mozárabes; época del Califato y Edad Media; historia del camino real de Andalucía a la Corte; constitución en villa—alojamiento, con el paso de tropas durante siglos; su pertenencia al Señorío de las Siete Villas de Los Pedroches posteriormente al Corregimiento del mismo nombre; la Guerra de la Independencia; las guerras carlistas; la guerra civil del 36 al 39.

Pero consciente el autor del nuevo concepto de la historia, que considera protagonista al pueblo de lo que se ha venido en denominar historia total o global, estudia su aspecto social, religioso, folclórico, gastronómico y artesanal. Por eso recoge las fiestas populares tanto antiguas como modernas, las costumbres típicas, los platos autóctonos, la artesanía popular y tantos otros aspectos de la vida de un pueblo que afloran en sus manifestaciones cotidianas como riqueza y patrimonio de la colectividad, llegando a veces a lo exhaustivo, como cuando enumera todos los presbíteros de la villa desde los tiempos más remotos hasta nuestros días o cuando relaciona a sus hijos más notables y expone sucintamente sus respectivas biografías.

En estos aspectos es donde se asoma y se deja ver el alma del pueblo, el espíritu torrecampeño, ese oriverde estilo que define y caracteriza a la población tan espléndidamente descrita y “biografiada” por Esteban Márquez.

Para terminar, decir que se trata de un estudio completo y perfecto de historia local del Cronista Oficial de Torrecampo, un exponente más de lo que venimos haciendo los setenta y siete Cronistas Oficiales cordobeses, una aportación sumamente interesante a la historia de nuestra provincia y a la Historia de España, en el sentido ascendente y sintético de lo particular a lo general y no al contrario, como por desgracia se han escrito otros libros de Historia o simplemente “otras historias”.

Como Presidente de la Asociación Provincial de Cronistas Oficiales, me siento moral y gratamente obligado a dar las gracias al autor del libro, mi compañero cronista Esteban Márquez Triguero, por esta importante aportación al acervo cultural de nuestra tierra, cuya realización, por otro lado y sin lugar a dudas, le ha resultado altamente gratificante. Al Grupo de Empresas PRASA, Pablo Romero Alamillo, S.A., aquí representado por la familia Romero González, profundamente vinculada a Torrecampo, que ha sabido actuar de mecenas del libro en una ejemplar simbiosis empresa-cultura. Y a la Excma. Diputación Provincial, dignamente representada por el Ilmo. Sr. D. Francisco Solano García Chaparro.

atenta siempre a toda manifestación cultural que redunde positivamente en la provincia cordobesa y en cuyos talleres tipográficos, al cuidado de D. Eduardo Mármol, como en horno de pan candéal, se ha cocido esta obra.

Muchas gracias también a todos ustedes por su asistencia y por haber abusado de su atención.

HISTORIA DEL REAL CENTRO FILARMÓNICO DE CÓRDOBA “EDUARDO LUCENA”, de L. Palacios Bañuelos

ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Coedición: Caja Provincial de Ahorros de Córdoba y Cajasur. Córdoba, 1994

A la hora de abocetar la impresión, muy grata por cierto, que nos ha producido la lectura de la impecable y modélica monografía sobre la singladura temporal de una de las instituciones más entrañables y genuinamente representativas de la Córdoba contemporánea –nos referimos al nuevo libro de Luis Palacios Bañuelos *Historia del Real Centro Filarmónico de Córdoba: “Eduardo Lucena”*–; nos vienen a la memoria unas palabras de Marc Bloch, uno de los más grandes historiadores europeos en el presente siglo; en ellas el gran maestro francés explicitaba su propio concepto unitario y globalizador de la Historia: “no hay historia económica y social. Hay, la Historia, sencillamente en su unidad”. Esta breve aseveración muy bien pudiera servir de bandera para todos aquellos que desde distintas escuelas han participado y siguen haciéndolo en el proceso de renovación epistemológica y temática experimentado por la historia en los últimos tiempos.

Y un claro ejemplo de originalidad y engarce con las nuevas tendencias que dominan el panorama historiográfico actual es, precisamente, el libro que nos ofrece Palacios Bañuelos, “la historia se ocupa de todo lo humano y de ahí que también sea una parte importante de la misma la vida, *la vida diaria, lo cotidiano*, –dice nuestro autor en la introducción–.

Un tema: el Real Centro Filarmónico de Córdoba, sirve de hilo conductor para desgranar, a lo largo de las doscientas ochenta y dos páginas del libro, el pasado de una institución centenaria, un lugar de encuentro y sociabilidad popular en torno a la música del que fue mentor el cordobés Eduardo Lucena Vallejo, director de orquesta, excelente instrumentista y profesor de armonía que supo unir a sus extraordinarias dotes musicales y a su vocación docente, una profunda preocupación social, cualidad no por cierto corriente en aquella Córdoba del último tercio del siglo XIX, donde la inmensa mayoría de los obreros vivían sumidos en la incultura y en muchas ocasiones al borde de la más absoluta miseria.

Ciertamente los deseos de Eduardo Lucena de rescatar al obrero del alcohol y del burdel y de ofrecerle un quehacer colectivo que le llevara a su propia autoestima por medio de la música y el canto coral, no constituían un hecho novedoso en la Europa de su tiempo; como apunta Palacios en su libro, mediado el s. XIX el movimiento de orfeones populares había alcanzado una extraordinaria pujanza en países como Francia y Alemania. En nuestro país el ejemplo antológico de D. Eduardo fue el federalista catalán José Anselmo Clavé, fundador a partir de 1850 de una serie de orfeones populares por toda Cataluña en los que la música como expresión y promoción cultural del proletariado y la solidaridad y ayuda mutua entre sus miembros constituían un todo unido.

Es evidente que el núcleo temático del libro que nos ocupa es la historia del Real Centro Filarmónico de Córdoba y para ello su autor recurre a un acervo documental amplio y variado; fondos del archivo de la propia agrupación, material hemerográfico de distinto tipo, publicaciones y escritos coetáneos, entrevistas a miembros destacados del Centro..., y algo que supone una importante aportación porque rompe los esquemas hasta ahora clásicos de las fuentes documentales de la historia y de su valor testimonial, nos referimos a un abundante y seleccionado repertorio gráfico —programas, carteles y sobre todo fotografías—, cuyo extraordinario valor se constata con sólo cotejar cualquiera de los capítulos.

El adecuado uso de las fuentes y su correspondiente proceso de crítica y análisis por parte del autor tiene como resultado una visión diacrónica rigurosa y precisa de la institución objeto de estudio. En veinticuatro capítulos se encierran los orígenes del Centro, su vida interna, sus etapas y altibajos, sus momentos estelares, la música y los autores que interpretaban, las biografías de aquellos grandes maestros y directores ligados a la agrupación... etc.

Después de una serie de acertadas conclusiones sobre el sentido e importancia histórica de la primera agrupación coral cordobesa, el libro concluye formalmente con un interesante capítulo en el que el propio autor transcribe una serie de entrevistas a personas de significativa relación con el Centro y en las que se pueden escudriñar no sólo los perfiles de ese cordobesismo que animó a la institución desde sus orígenes sino la permanencia del espíritu que animó a su fundador y principales mentores, latente todavía hoy entre sus miembros.

Pero con ser interesante el acopio de información que encierra esta monografía y su extraordinaria claridad expositiva —cualidad muchas veces ignorada en los altos escalafones del academicismo historiográfico—, Palacios Bañuelos no se limita a un acercamiento superficial y simplista a la historia de la más emblemática agrupación musical de la Córdoba contemporánea, ello sería quedarse en la epidermis de su objeto de estudio y en clara contraposición a lo que él entiende por “hacer historia”. En el desarrollo de sus contenidos, el libro ofrece al lector la historia del Centro Filarmónico incardinada en la propia dinámica cronológica del período y de la ciudad que le prestó su nombre e inspiró la música de sus compositores. Se trata, por ende, de una historia viva donde se puede penetrar en la propia imagen urbana de una Córdoba ya lejana en el tiempo, en sus manifestaciones lúdicas y festivas más populares, en sus tertulias y reuniones literarias, en su ambiente cultural, en aquellos momentos de especial relevancia en los que los cordobeses vibraron o lloraron al unísono, en resumidas cuentas, en todo

aquello que configura los entresijos de la vida de una ciudad y de sus gentes.

La importancia y calidad del contenido de la Historia del Real Centro Filarmónico de Córdoba queda perfectamente resaltada en la pulcra y esmerada edición de la obra; algo que en la generalidad de un comentario bibliográfico queda al margen, pero que en esta ocasión no podemos obviar habida cuenta de la calidad, pulcritud y detallada edición con que nos han regalado las entidades patrocinadoras del libro.

Cajasur y la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, fieles a su permanente compromiso con el patrimonio cultural del pueblo cordobés, han puesto en manos del público en general y de los cordobeses en particular un libro importante y bien hecho, un libro cuya deliciosa lectura al margen de su información servirá para trasladar al lector a una Córdoba perdida en el tiempo, ensimismada en el embrujo de sus calles y plazas, en la sabiduría popular de sus gentes, una Córdoba, en definitiva, cuyo espíritu ha sabido plasmar con sensibilidad extrema un burgalés ya cordobés de adopción.

CADENCIAS Y SOLEDADES, de Alfonso Cabello Jiménez

RAFAELA MARÍA LOGROÑO RODRÍGUEZ

Prólogo de Miguel Salcedo Hierro.

Edit. Cultura y Paz, Madrid, 1993, 99 págs.

Los poemas del libro y autor aludidos son un ejemplo excelente de la penetración que suele existir entre la edad adulta y la visión simplificada de la vida. Las cinco partes que componen la obra muestran por sus títulos el interés del autor por reflejar las vivencias que más marcan la vida de un ser humano y que sólo pueden ser vistas con claridad desde la perspectiva que da un camino ya recorrido. Así estos poemas compuestos a partir de 1988, y publicados en 1990 por primera vez, muestran un estado de madurez —el poeta contaba ya con cincuenta y seis años— y, por la brevedad en su composición, una innecesaria fermentación porque expresan —como ya digo— una vida percibida en el punto de su culminación: son los títulos de un amor *A Gelina*; el lugar de origen que tanto marca a cada persona y, especialmente a cada poeta; los problemas de una vida en su desarrollo vistos desde la propia experiencia *Desdichas* o desde la ajena *Pesares* y, por último, todo un cúmulo de detalles importantes que conforman una vida *Vivencias*.

Como ya comenta su prologista, hay una indudable incursión de la música en la obra, con la presencia explícita de la palabra “cadencia” en la mayoría de los poemas: pero, además de la música, resaltan otros elementos muy llamativos como la armonía provocada por la rima perfecta y la búsqueda de una estructura estrófica que encierre su pensamiento.

Llama enormemente la atención que su poesía no se asemeja a una poesía ya existente, no copia características de una corriente o época, es poesía exclusiva, personal y vivida del autor. Resultaría difícil hablar de ediciones o de crítica literaria con respecto a esta obra pero tampoco serían necesarias las acotaciones a pie de página motivadas muchas veces por problemas textuales o significativos. La palabra idónea para definir esta poesía es “sencillez”, pero sencillez madura.

Los poemas de *Cadencia y Soledades* se caracterizan por una serie de elementos comunes y repetitivos que le dan personalidad y otros que difieren en cada una de las cinco partes de la obra. Uno de estos elementos que traen la unidad es la presencia constante de una primera persona que se dirige a una segunda o habla de una tercera pero que da ese sello intimista y personal del poema. Paralelamente, se presentan una serie de componentes relacionados siempre con todo aquello que entra por los cinco sentidos. La descripción suele ser plástica, a modo de pinceladas que ayudan a comprender el espacio de manera sinestésica. Así, la descripción de la amada –lejana del campo erótico– suele centrarse en el rostro y en los labios y la insistencia en el beso y en los labios llega a convertirse en una obsesión que cierra los poemas como una representación gráfica del final real.

El pesimismo y el optimismo se mezclan como las dos facetas inevitables de la vida pero indefectiblemente será la primavera el marco de los sentimientos. No existe para el autor otra estación posible porque va unida a la música, a la “cadencia” y también a la “soledad” que traen la desdichas y los pesares. Tal es la compenetración del poeta con la naturaleza, la importancia casi eglógica que presenta, que suele asociar estados o sentimientos incluso a seres inanimados que forman parte de este espacio. La profundidad de sentimientos es la nota clave, se trate el tema de la muerte –también vista de manera pacífica, sin sobresaltos–, el amor desgraciado o feliz, o la religiosidad –en esa búsqueda continua de Dios– que ha obsesionado como tema humano a tantos poetas.

Existe, además, en la obra una simbología clara que, sin embargo, pasa inadvertida por su simplicidad. Estoy haciendo referencia a la presencia constante de los pájaros y de las flores (1) asociados a sentimientos y estados del alma, expresando la felicidad o la soledad por su presencia y calidad o por su ausencia o, incluso, las constantes referencias a la separación cuerpo/alma.

La repetición unida a la sencillez y la expresión espontánea de sentimientos son, en mi opinión, las notas más destacadas de la poesía de Cabello Jiménez. Para mostrarla el autor tiende al paralelismo, a la bimetración o, incluso, a la trimetración de adjetivos y sustantivos, lo que provoca una condensación en la expresión ayudada por la escasa exclamación –es más una poesía sin exaltación, de ritmo constante– las continuas comparaciones y las personificaciones que dan vida a todos los elementos de cada poema. Se percibe que el autor no se encierra en su propio mundo, tiene lugar en su poesía para los ancianos, huérfanos y marginados en general –recurriendo para su expresión a muchos tópicos, frecuentemente con expresiones andaluzas o la presencia de un breve estribillo– para homenajear a otros artistas de la tierra, y, para hacerlo sobre su lugar de origen en poemas en los que insiste en la pureza de la ciudad y muestra su conocimiento del mundo agrícola, de la historia y de la tradición cordobesa. Sea como fuere, siempre es una primera persona que se identifica con el autor y que

(1) La clave de la repetitiva comparación con las flores –predominantemente la amapola y la rosa– se encuentra en los versos iniciales del poema *El amor es la vida* perteneciente a *Vivencias* y, en general, en todo este poema: “El amor es perfume (...) / lo mismo que el aroma de las flores, (...) / Es caricia de aliento, (...) / con besos de amapola y albahaca (...) / El amor es la gloria que desciende, (...) / en crisoles de bellas rosas blancas. / Ramilletes de vida perfumados”

sólo rompe su frecuencia en el poema *Furia de amor* en el que por primera y única vez el sentimiento que se expresa es el de una mujer.

Se podría decir que la soledad –unida al silencio como refleja el empleo constante del adjetivo “silente”– es el gran tema de esta obra por su presencia o ausencia, un libro en el que Cabello Jiménez hace poesía de cualquier sentimiento o circunstancia cotidiana y en el que sobresale por encima de todo el continuo canto a la naturaleza y la vitalidad que se respira en cada uno de sus poemas.

SOLEMAR de Juan Poyto

JOSÉ CARLOS CRISTÓBAL
ACADEMICO FUERABRICO

Libros editados: Madrid, 1991, 92 págs. Editorial de Francisco Bernal.

En este un libro de cuentos de Juan Poyto que más que relatos son vivencias escritas. Los sentidos captan por donde provienen el recuerdo de su vida más íntima experimentada. Son reflejos de un tiempo en el que la vida tenía por sí misma sentido.

El lenguaje de esto es el primer cuento. El lenguaje de Javier, en el que niferno estados y vivencias captadas por todos los sentidos, que habitan desde la punta del escudo hasta las sensaciones del cuerpo. En dicho relato el autor cada momento, como ocurre igualmente en otros, se embocan en, jugando hasta el punto de recoger en el vocabulario técnico o situacional que los personajes.

Pero si el primer relato es un canto a la comunicación comunicada por ser consecuencia de lo cotidiano, los restantes cuentos son como otro canto del mismo estado de la soledad interior, el canto de la incomprensión, el grito de desesperación del que no puede hablar y que a veces, en algunas ocasiones, se descomponen tan sólo con las vivencias de incertidumbre y esperanza que se destinan al hacer y al vivir. En las historias de las cosas y las cosas comunicadas son algunos mundos o mundos de una situación cambiante.

Juan Poyto lo expresa todo con una forma nueva, con un lenguaje nuevo, con otras e inesperadas imágenes, que configuran un estilo nuevo, su propio y peculiar estilo.

SOLEMAR, de Juan Porro

JOAQUÍN CRIADO COSTA
ACADÉMICO NUMERARIO

Lípari Ediciones. Madrid, 1991, 93 págs. Prólogo de Francisco Benítez.

Es éste un libro de cuentos de Juan Porro que más que relatos son vivencias sensoriales. Los sentidos campan por doquier provocando el recuerdo de sus/tus más íntimas experiencias. Son reflejo de un tiempo en el que la vida tenía por sí misma sentido.

Ejemplo de ello es el primer cuento, *El congreso de Tavira*, en el que afloran estados y vivencias captados por todos los sentidos, que bullen desde la pluma del escritor hasta los sensores del receptor. En dicho relato el autor cuida minuciosamente, como ocurre igualmente en otros, la ambientación, llegando hasta el punto de recrearse en el vocabulario técnico o situacional que los personajes utilizan.

Pero si el primer relato es un canto a la comunicación entrecomillada por ser consecuencia de lo contrario, los restantes cuentos son como otro canto del cisne, el canto de la soledad interior, el canto de la incomunicación, el grito de desesperación del que no puede hablar y que a veces, en contadas ocasiones, se debe conformar tan sólo con las vivencias de miseria y esperanza que el destino, al hacer girar su ruleta, le ha propiciado. Las cosas y los seres cosificados son testigos mudos o enmudecidos de una situación cambiante.

Juan Porro lo expresa todo eso con una forma nueva, con una nueva sintaxis, con nuevas e irrepitidas imágenes, que configuran un estilo nuevo, su propio y peculiar estilo.